

Habitantes de tierra de dólmenes: del espacio emocional a la construcción del espacio público

José Ignacio Artillo¹



Recibido: 22-01-2012

Aceptado: 20-05-2012

Resumen

Contaba el premio Nobel irlandés Seamus Heaney que de pequeño le gustaba ver a los mayores recoger con un cubo el agua de un pozo que había en mitad de los campos. Observaba siempre con tensión y misterio la canción repetida de la vieja polea que iba girando con lentitud, y la cuerda que descendía hacia lo oscuro, para después subir, hasta que aparecía el cubo bailando suavemente, suspendido en el aire, y derramando gotas de agua a su alrededor. Ese pozo estaba en una loma que descendía suavemente hasta el pueblo, y en la que se alzaban dólmenes y piedras milenarias, restos arqueológicos que eran solo una mínima parte de lo que ocultaba el prado verde; por lo que siempre pensaba que ese agua que después beberían, venía fresca ofrecida por los antepasados de los antepasados, bálsamo para el alma y la memoria que cruzaba desde el origen de los tiempos.

Pasados los años aprendió y oyó por primera vez en la universidad la palabra griega *omphalos*, que significa ombligo, y su sonoridad, deletreada de forma lenta y espaciada, una y otra vez, le devolvió al sonido de la polea girando, y el cubo ascendiendo desde las entrañas de la roca y el ser de su pueblo.

Om-pha-los, om-pha-los, om-pha-los... Ombligo, el agua que nos conecta a través de su curso a la vez oscuro y luminoso, con nuestra existencia colectiva. Los habitantes de tierra de dólmenes vivimos vinculados íntimamente al curso de la memoria que transcurre bajo tierra, a la luz revelada de la materia original; la piedra, los metales, el coral, agua que mana de lo profundo para nutrirnos y colmar de sentido y emoción nuestro presente.

Ahí tenemos el asombro, la emoción. Y la emoción activa nuestra capacidad para encontrarnos y organizar la tarea común de protección y defensa de algo tan valioso como nuestros sueños. Esa ha sido nuestra experiencia en el territorio de Valencina-Guzmán. Vivimos en el mundo de hoy la contradicción entre la convocatoria universal a participar en el espacio público y la fragmentación de los intereses y discursos, la coexistencia en todos los niveles de la vida cotidiana de procesos que nos vinculan y hacen interdependientes, junto con el enquistamiento de diferencias que parecen insuperables. El espacio público es el ámbito en que organizamos nuestra experiencia colectiva; es donde los miembros de una sociedad producen una realidad común, como ciudadanos plenos, más allá de su condición de consumidores, electores, creyentes, expertos, y ensayan una integración, un reconocimiento en términos de compatibilidad que permite defender lo que es nuestro, y generar propuestas que mejoran la vida cotidiana y ensanchan las posibilidades de su entorno material y emocional.

1. Mesa Ciudadana en Defensa del Paisaje Protegido y Yacimiento de Valencina-Guzmán. Apartado de Correos 7. 41907. Valencina (Sevilla). josei.artillo@gmail.com

Palabras clave: territorio; patrimonio; espacio público; mesas ciudadanas; democracia participativa.

Resum. Habitants de la terra dels dòlmens: de l'espai emocional a la construcció de l'espai públic

Explicava el premi Nobel irlandès Seamus Heaney que de petit li agradava veure els grans com recollien amb una galleda l'aigua d'un pou que hi havia al mig dels camps. Observava sempre amb tensió i misteri la cançó repetida de la vella corriola que anava girant amb lentitud, i la corda que descendia cap a la foscor, per després pujar, fins que apareixia la galleda ballant suaument, suspesa en l'aire, i vessant gotes d'aigua al seu voltant. Aquest pou estava en un turó que baixava suaument fins al poble, i on s'alçaven dòlmens i pedres mil·lenàries, restes arqueològiques que eren solament una mínima part del que ocultava el prat verd; per la qual cosa sempre pensava que aquesta aigua que després beurien, venia fresca oferta pels avantpassats dels avantpassats, bàlsam per a l'ànima i la memòria que creuava des de l'origen dels temps. Passats els anys va aprendre i va sentir per primera vegada a la universitat la paraula grega *omphalos*, que significa melic; i la seva sonoritat, lletrejada de manera lenta i espaiada, una vegada i una altra, li va retornar el so de la corriola girant, i la galleda baixant des de les entranyes de la roca i l'ésser del seu poble.

Om-pha-los, om-pha-los, om-pha-los... Melic, l'aigua que ens connecta a través del seu curs alhora fosc i lluminós, amb la nostra existència col·lectiva. Els habitants de terra de dòlmens vivim vinculats íntimament al curs de la memòria que transcorre sota terra, a la llum revelada de la matèria original; la pedra, els metalls, el corall, aigua que raja de la profunditat per nodrir-nos i satisfer de sentir i emoció el nostre present.

Aquí tenim la sorpresa, l'emoció. I l'emoció activa la nostra capacitat per trobar-nos i organitzar la tasca comuna de protecció i defensa d'una cosa tan valuosa com els nostres somnis. Aquesta ha estat la nostra experiència al territori de Valencina-Guzmán. Vivim en el món d'avui la contradicció entre la convocatòria universal a participar en l'espai públic i la fragmentació dels interessos i discursos, la coexistència en tots els nivells de la vida quotidiana de processos que ens vinculen i fan interdependents, juntament amb la perduració de diferències que semblen insuperables. L'espai públic és l'àmbit en què organitzem la nostra experiència col·lectiva; és on els membres d'una societat produeixen una realitat comuna, com a ciutadans plens, més enllà de la seva condició de consumidors, electors, creients, experts, i assagen una integració, un reconeixement en termes de compatibilitat que permet defensar el que és nostre, i generar propostes que milloren la vida quotidiana i eixamplen les possibilitats del seu entorn material i emocional.

Paraules clau: territori; patrimoni; espai públic; taules ciutadanes; democràcia participativa.

Abstract. Inhabitants of dolmens' land: from emotional space to the construction of public space

Irish Nobel Prize awarded Seamus Heaney narrated that when he was a child, he enjoyed observing adults collecting water with a bucket from a well in the middle of the countryside. He always watched with tension and mystery the song repeated by the old pulley while spinning slowly, meanwhile the rope was descending into the dark, and then pulled up, until the bucket appeared dancing gently in the air, and spilling-around water drops. That well was on a hill that sloped down to the village, where dolmens and ancient stones were erected, archaeological remains that were only a fraction of what was hidden on the meadow; He always thought that this water was offered by their ancestors, soul and memory balsam from the beginning of time.

Over the years he learned and heard in the University for the first time the Greek word *omphalos*, meaning navel, and its sound, spelled slowly and spaced, over and over, took him to

the sound of the spinning pulley and bucket pulling up from the rock bowels and the being of his people.

Om-pha-los, om-pha-los, om-pha-los ... Navel, water that connects us through his course, dark and bright at once, with our collective existence. The inhabitants of dolmens' land live intimately linked to the course of memory that runs underground, in terms of original matter; stone, metals, coral, water flowing from the deep to nourish us and fill our present with meaning and emotion.

There we have the astonishment, the excitement. Excitement activates our ability to find ourselves and to organize the common task of protecting and defending something as valuable as our dreams. That has been our experience in Valencina-Guzman territory. We live in today's world the contradiction between the universal call to participate in the public space and the fragmentation of interests and discourses, the coexistence in every level of daily life of processes that bind and separate us, in addition to the entrenchment of differences that seem insurmountable. Public space is the sphere in which we organize our collective experience, where society members produce a common reality, as full citizens, beyond their role as consumers, voters, believers, experts, and where integration is tested, a recognition in terms of compatibility that allows defend our belongings, and generate proposals to improve daily life while widening the possibilities of their material and emotional environment.

Keywords: territory; heritage; public space; citizen boards; participatory democracy.

ARTILLO, José Ignacio. «Habitantes de tierra de dólmenes: del espacio emocional a la construcción del espacio público». *Treballs d'Arqueologia*, 2012, núm. 18, p. 47-62.

A la democracia no la sostiene el arte de la perfección, sino el deseo vivo de participar, de arrimar el hombro, de influir en una dirección, que no nos identifiquemos del todo con un líder o un partido no significa que tengamos que quedarnos en casa. Hay que sentirse implicado. Es fácil y poco decente dirigirse al mundo por encima del hombro: todos somos el poder y no debemos renunciar a un poder en el que todos quepamos.

Luis García Montero

Prólogo de «La puerta de la calle»

1. Introducción

Cuenta Daniel Innenarity que hay una obra de teatro de Botho Strauss en la que un personaje que está comiendo en un restaurante lleno a rebosar se levanta de pronto y llama la atención de todo el mundo: «eeeh, eeeh, todos...» La gente se calla de pronto y atiende a ver qué les va a decir. El hombre se encoge de hombros, sonríe y dice: «no nada, no era nada...» Los demás comensales lo toman a chufra, ríen y siguen con sus miles de conversaciones. Cuando al rato el personaje vuelve a levantarse y a llamar la atención de la gente, de igual forma, directamente todos lo ignoran y

siguen cada uno con su conversación, con su comida.

Esta situación refleja muy bien una característica fundamental del mundo de hoy, que afecta a las propuestas culturales en los territorios: la contradicción entre la propaganda y el gasto ingente en ella, convocándonos a los ciudadanos a participar en un espacio público institucional y la fragmentación dinámica de los discursos y los intereses; esa contradicción entre el vocear repetido de múltiples instituciones, que a veces en nombre del patrimonio, el turismo, la cultura, el territorio, la municipalidad, la autonomía, nos convocan una vez y otra, compitiendo en muchas ocasiones entre ellas, a base de llamar la atención de la gente, cada una desde su propio supuesto espacio público centralizado; institucionalizando la verdad y la razón; mientras en el propio territorio los ciudadanos construimos cotidianamente otros muchos espacios, vivos, dinámicos y propios, en constante diálogo de saberes y de prácticas, en nuestro afán por darle sentido a la diversidad de la vida.

Pero sobre todo, la sociedad en red supone la confirmación de la ruptura de la ilusión decimonónica de la sociedad estática y clientelar, que es en la que se basan algunos de los principios de la gestión del patrimonio y de la gestión cultural. Ni los gestores ni los responsables políticos, en muchos casos, han sabido advertir este cambio, y sus monoprácticas siguen siendo tendiendo a la autocentralidad, desde la fragmentación y la descoordinación, constituyendo con ellas una realidad a su medida.

Este movimiento, este dinamismo, esta descentralización, esta presencia y vivir aparentemente difuso y desordenado de los habitantes de los territorios ha vuelto inapresable la realidad y difícil de

entender con los viejos conceptos, que se muestran insuficientes para reflexionar sobre la complejidad. Por ello, nos gustaría salirnos de las palabras manidas, que nos devuelven a las mismas prácticas, huir de las palabras pimienta —aquellas que admiten cualquier relleno: desarrollo, participación ciudadana, patrimonio— y comunicar más allá de lo concreto, el aliento y la vitalidad de la experiencia de grupos de personas en creación de un espacio ciudadano que amplía los márgenes del espacio público más allá de lo institucional.

Esa experiencia nuestra, la de cualquier grupo de ciudadanos en defensa de un territorio, tiene algo de esperanzador, en contacto con la experiencia que están viviendo otros grupos en Berlín, en Barcelona, en Cáceres, en Valencia: es verdad que hay desplazamientos en la política; cambios «cartográficos» en la sociedad; procesos globalizadores, de homogeneización y de vaciamiento de contenido, que ponen en situación de «riesgo» a la democracia, a las instituciones y al pensamiento. Pero, paralelamente a ello, y de forma esperanzadora, también nos encontramos un cierto nomadismo, esto es, una búsqueda intensa de ruta, una opción por no «quedarse pegado», por buscar alternativas, por escuchar nuestras revueltas íntimas, por politizar, en el sentido más pleno de la palabra, nuestros fracasos recientes y pasados, por confiar en nuestra naturaleza social de productores de conocimientos y palabras significativas y útiles como herramientas. Nosotros somos parte de ese nomadismo, de esa actividad interna y externa del ser humano de hoy, que, sin necesidad de moverse del lugar donde vive, está en proceso de búsqueda, de exploración, de encontrarse con otros; y en ese proceso genera un nuevo espacio público,

común para la gestión de los procesos culturales. Grupos que creen en el poder de esas palabras esenciales, en el don de activar la conciencia que tienen las controversias, sobre todo cuando se desarrollan en momentos cruciales, en encrucijadas, alrededor de ejes esenciales, como en este caso el patrimonio, y que en definitiva, ayudan a encontrar sentido colectivo a los modelos culturales y territoriales de los lugares que habitamos.

2. La riqueza del lugar en que vivimos, nuestro territorio

Nosotros venimos del sur del sur de Europa. De una zona que hay muy próxima a Sevilla que son las suaves lomas y cerros, los alcores, del Aljarafe. Apenas a 7 km de la capital, en lo que antes probablemente tenía debajo la extensión de marismas del Guadalquivir, que se fueron retirando progresivamente. Allí se han dado históricamente un clima y unas condiciones de vida excepcionales. Por ello ha sido zona de poblamiento humano desde hace miles de años. Hoy sigue siendo un lugar privilegiado, que, a pesar de la proximidad a la ciudad, ha mantenido restos de dólmenes, poblados, un paisaje protegido, y zonas de gran riqueza de biodiversidad y de fauna y flora.

En el paisaje megalítico de Valencina-Guzmán encontramos uno de los primeros hitos territoriales con los que el hombre empezó a significar el espacio en el que vivía y sobre el que demostraba sus dotes de organizador, de planificador, en definitiva de agente que intenta sumarse al medio en el que vive y se desarrolla en plenitud como criatura. Estas primeras formas de arquitectura han recibido las más cariñosas muestras de aprecio y reivindi-

cación por los actuales moradores de su territorio, tanto individualmente, con personas conocedoras y divulgadoras de su patrimonio, como desde el punto de vista colectivo, con ciudadanos que se han organizado para proponer medidas dirigidas a la buena gestión de sus bienes culturales.

El patrimonio histórico-arqueológico de Valencina-Guzmán se señala sobre todo por la presencia del conocido yacimiento prehistórico que, emplazado en este extremo del Aljarafe, puede reconocerse tanto bajo la actual población como en las zonas todavía rústicas del entorno. Su relevancia histórica supera el marco de lo puramente local para adquirir una dimensión superior que alcanza al menos al ámbito del Bajo Guadalquivir de hace unos 4.000 años.

Para conocer bien su dimensión y alcance basta leer la excelente Carta Arqueológica realizada por el arqueólogo Juan Manuel Vargas, donde describe cómo en las áreas urbana y periurbana de Valencina-Guzmán ceñidas por la cornisa del Aljarafe, se pueden encontrar restos de necrópolis del yacimiento prehistórico, área de concentración de las evidencias estructurales de mayor significación y monumentalidad, y el área de ocupación habitacional y productiva del yacimiento prehistórico.

El conjunto dolménico visible está formado por cinco dólmenes de reconocida importancia:

- Dolmen de La Pastora.
- Dolmen de Matarrubilla.
- Dolmen de Ontiveros.
- Dolmen «Divina Pastora».
- Estructuras dolménicas de Montelirio.

Y las evidencias, incluida una cata realizada recientemente por la Universi-

dad de Southampton, dicen que hay muchos más dólmenes aún por excavar; de forma que investigadores hablan de que probablemente estamos hablando de la «capital» (valga el término), del sur de Europa, cuya influencia llegaría hasta el Algarve.

Además de la importancia arqueológica investigada y la potencial, en un yacimiento que recientemente ha sido declarado Bien de Interés Cultural. Hay en la zona, en concreto en Guzmán, otros hitos monumentales de especial valor, como son los jardines diseñados por el gran pensador y urbanista francés Forestier.

La Cornisa Norte del Aljarafe es una zona de gran belleza paisajística, visible cuando se accede a Sevilla desde el norte. Destaca la imponente imagen del escarpe, sobresaliendo sobre un paisaje rural y ondulado que caracteriza esta zona del Aljarafe. Los contraluces del amanecer y del ocaso son verdaderamente atractivos.

Este paisaje de la Cornisa del Aljarafe, que constituye un importante patrimonio territorial de la provincia de Sevilla, ha sido reconocido y protegido por el documento de la Consejería de Obras Públicas denominado Plan Especial de Protección del Medio Físico de la Provincia de Sevilla (1985), como Paisaje Sobresaliente.

Pero además, la Cornisa del Aljarafe y su entorno son una auténtica encrucijada de caminos, un punto de conexión entre distintos ámbitos de gran interés medioambiental. Es este un elemento fundamental en la estructura del territorio y la identidad de la comarca, donde existe aún una red de vías pecuarias, especialmente densa en el espacio al que nos estamos refiriendo. Desde siempre, en el Aljarafe se ha ido a pie de unos pueblos a otros. Y este sistema conecta y relaciona la zona con

otros ámbitos de protección. Uno de ellos es la conexión entre Doñana y la Sierra Norte, constituido en torno al río. Otro conecta la Cornisa Norte con la Sierra Norte de Sevilla.

La zona oeste de la meseta de Valencia está ocupada por el valle del río Pudio, un excelente suelo para el cultivo de hueras, de frutales y demás cultivos de regadío. La avifauna del Pudio es variada, como cabe esperar de un espacio antesala tanto de los humedales de las Marismas como del propio Parque Natural de Doñana; incluye desde aves de envergadura como cigüeñas y garzas reales, desde rapaces como los ratoneros comunes, los gavilanes, los milanos reales y negros, los cernícalos, etc., hasta aves de menor tamaño como las perdices pardillas, las codornices, los alcaravanes, las palomas torcaces, las tórtolas, las lechuzas comunes, los mochuelos, los cárabos comunes, etc., además de los vencejos, golondrinas, abubillas, aviones, lavanderas, etc.

La vegetación característica de la cuenca del río Pudio es también un amplio muestrario de especies entre las que destacan los olivos, los sauces, los chopos, los álamos, los árboles frutales, etc., plantas rurales como amapolas, jaramagos, romeros, palomillas azules, ortigas, yerbas de San Juan, etc., y en su cauce juncos, carrizos, etc.

Por todo ello nos encontramos ante un espacio privilegiado, un espacio rural separador entre la conurbación de la Cornisa, ya consolidada, y el futuro desarrollo urbano de la comarca. Para mantener su calidad de vida es indispensable que se mantengan espacios libres que separen las distintas zonas urbanas para permitir la producción de oxígeno, romper la monotonía del paisaje urbano y permitir la ubicación de las actividades recreativas y al

aire libre. De lo contrario, se volverá a producir el error de la creación de un continuo urbano indiferenciado con evidente pérdida de la calidad de vida y del atractivo de la comarca como zona residencial.

3. Los hitos del movimiento ciudadano Valencina-Guzmán

Todo este paisaje y este territorio pleno de posibilidades y biodiversidad se ve constantemente amenazado por las tensiones urbanísticas e intereses sobre un territorio que tiene algo de paraíso virgen, a pesar, o probablemente a causa, de su proximidad a Sevilla. Las amenazas han venido apareciendo a lo largo de estos años, y se mantienen, cambiando de piel y de promotor de la iniciativa. Aún cuando los últimos tiempos han demostrado la influencia nefasta de los modelos urbanísticos especulativos sobre los territorios, y su incapacidad para la generación de todo aquello que prometen —empleo, riqueza, financiación sin deudas a los municipios, aumento de calidad de vida.

En los dos pueblos, Valencina y Guzmán, estaban actuando desde 2004 asociaciones de distinta temática y naturaleza, como ADTA (Asociación de Defensa del Territorio del Aljarafe), Valencina Habitable, Asociación de Defensa del Patrimonio Los Dólmenes, Asociación de Defensa de los Jardines de Forestier, Plataforma Comarcal Aljarafe Habitable, Ateneo de Valencina, Cine Club Imaginario. Todas con distintos intereses, y cada una centrada en sus propuestas, que iban desde cuestiones reivindicativas como la recuperación de un río, la defensa de un Jardín que es patrimonio histórico, hasta la mera difusión cultural. Determinados proyectos urbanísticos que en uno u otro pueblo

ponían en peligro algunos de los bienes patrimoniales de referencia, o el territorio en sí, hicieron que esas asociaciones fueran entrando en contacto y se organizaran alrededor de mesas reivindicativas, que al mismo tiempo que exigían el cumplimiento de la ley por parte de las administraciones, elaboraban propuestas por otro modelo de gestión del territorio, combinando análisis normativos y estudios cartográficos, difusión en prensa, o acciones de carácter creativo ocupando el espacio urbano. A cada agresión o amenaza, respondían estos colectivos con una mesa ciudadana que las agrupaba, y una vez cumplidos los objetivos, logrando que las administraciones dieran marcha atrás o aceptaran las propuestas ciudadanas, la mesa se disolvía, volviendo cada colectivo a su tarea concreta. Esta forma de trabajo generaba una doble dimensión, la particular, y la tarea común que se articulaba y cambiaba de composición y de nombre, según fuera la reivindicación. Creemos que esta cualidad de metamorfosis, de las mesas, esa variación en el nombre y en la estructura, en su liderazgo, en sus alianzas y composición de los miembros, según cual fuera la naturaleza de la reivindicación, ha sido fundamental en los resultados, ya que el movimiento ciudadano se ha centrado en las acciones y no en mantener su propia estructura, y se ha hecho inapresable e inescapable para la lógica del poder.

Siempre es difícil describir sin ser muy prolijos los procesos, pero, para que se hagan una idea, podemos sintetizar algunos de los hitos que reconstruyen someramente el relato de referencia:

- Mesa ciudadana por otro trazado de la carretera A-8077 o también llamada carretera de los dólmenes. Los colectivos nos agrupamos ante el inten-

- to de que una carretera de cuatro carriles cruzara la zona dolménica y una importante zona del paisaje protegido. Tras meses de estudios, reivindicaciones y acciones en la calle, la consejera de Obras Públicas nos recibió y aceptó el cambio de trazado, incorporando el que habíamos propuesto.
- Plataforma contra el PGOU de Valencina de la Concepción. La realización de un PGOU de 8.000 viviendas, invadiendo y poniendo en carga urbanística el yacimiento y el paisaje protegido volvió a unir a los colectivos de Valencina y Guzmán; dos años después de su presentación el PGOU fue retirado.
 - Plataforma en defensa del dolmen de Montelirio y su entorno. La construcción de un geriátrico y un supermercado sobre el impresionante dolmen de Montelirio fue otro de los momentos clave en las reivindicaciones del movimiento ciudadano. Después de que la administración hiciera una maniobra legal para eliminar una importante zona de protección del dolmen, los colectivos nos unimos y un tiempo después el dolmen vio recuperada su zona de protección, anulándose los proyectos de edificación que se habían planteado para su entorno.
 - Plataforma en defensa de los jardines de Forestier. Ante el intento de construir un hotel y otros servicios turísticos invadiendo y destrozando los jardines del arquitecto francés Forestier, situado en Guzmán, la asociación que lleva su nombre convocó y recibió el apoyo de los colectivos de los dos pueblos, de forma que los proyectos fueron sacados a la luz y provisionalmente paralizados.

- Mesa en defensa del yacimiento y paisaje protegido de Valencina-Guzmán. La desprotección de siete millones de metros cuadrados de zona protegida para construir un centro de interpretación de 1.200 metros, poniendo en carga urbanística todo el espacio, volvió a movilizar a todos los colectivos, consiguiendo que finalmente el ayuntamiento aceptara sentarse a negociar y terminara por revocar en un pleno la desprotección. Tras esta mesa, el Movimiento Ciudadano de Valencina-Guzmán recibió la medalla Menga de defensa del Patrimonio de la Consejería de Cultura.

En fin, a veces el objeto de la lucha era una iniciativa de una Consejería de la Junta, otra el Ayuntamiento de Valencina, o el de Guzmán, otra Consejería, o el Ministerio de Obras Públicas. Una política errática, fragmentaria, de distintas administraciones que tienen dificultades para abordar el territorio como totalidad y que supone constantemente el intento de activar planes urbanísticos y de extensión de infraestructuras que permitan seguir urbanizando.

En cualquier caso, hemos de reconocer también aquí el papel estratégico que en la resolución positiva de muchos de estos conflictos han venido cumpliendo las alianzas ocasionales con algunas administraciones, o con personas concretas de algunas de esas administraciones que han aparecido en momentos clave: técnicos municipales que en los dos pueblos tienen que sufrir esta política errática y que han demostrado su profesionalidad y valía; más allá de las condiciones en las que trabajan. Técnicos de la administración autonómica que han facilitado, con sensibilidad y eficiencia, la búsqueda de salidas. Y res-

pensables políticos de instituciones que han generado espacios de verdadero diálogo democrático, horizontal, receptivo, y que se convirtieron en actores fundamentales que con sus decisiones han desbloqueado algunas de las situaciones más enquistadas o han impulsado desarrollos normativos que garantizan niveles de protección mejores para el territorio. Valga recordar, en este sentido, el papel de la anterior directora general de Bienes Culturales, Guadalupe Ruiz Herrador, que inició el expediente para la declaración de BIC del yacimiento, la consejera de Obras Públicas, Concepción Gutiérrez, o la actual directora general de Bienes Culturales, Margarita Sánchez Romero.

4. La respuesta ciudadana: el diálogo de saberes y la creatividad para llegar a la tarea común

Pero, más allá del relato concreto de los hechos, que puede seguirse en hemerotecas, hay preguntas que pueden ayudarnos a entender la naturaleza y los principios de dichos procesos. ¿Quiénes forman este movimiento de Valencina-Guzmán? ¿Cómo se constituyó? ¿Qué supuso esa unión de colectivos? ¿Por qué nos movilizamos? ¿Qué sabíamos? ¿Qué aprendimos?

Valencina y Guzmán son dos pueblos separados apenas por un kilómetro en línea recta, que comparten paisaje, cerros, y yacimiento arqueológico, y, tal como hemos dicho, donde las políticas urbanísticas amenazaban con arrasarlo todo.

En poco tiempo sucedió algo que era natural: que esos movimientos ciudadanos, tan cercanos territorialmente y con intereses comunes, se encontraran. La levedad unida a la conectividad son condiciones de nuestro tiempo, no solo en lo

tecnológico, sino también en lo humano y en lo social: pequeñas unidades de acción y conocimiento que conectan con otras para compartir experiencias y crear sentidos y saberes propios. El encuentro de ciudadanos y colectivos de Valencina-Guzmán hizo que se descubriera la complementariedad de los movimientos de defensa del patrimonio que habían nacido en ambas localidades, y del diálogo surgió un concepto nuevo que nadie había puesto con anterioridad sobre la mesa, que es el concepto de la unidad paisajística y del yacimiento que ambos pueblos comparten.

A partir de ahí, esa comprensión de que el territorio es un sistema, y que cualquier herida abierta en una parte del mismo afecta la totalidad, hizo que los colectivos constituyeran de forma natural una unidad de acción que superaba y dejaba fuera de juego la concepción y las prácticas descoordinadas y fragmentarias de instituciones y responsables políticos. Mientras los ciudadanos de ambos pueblos compartimos esfuerzos, saberes y conocimientos, al servicio de dicha unidad, no solo las propuestas, sino también los conocimientos de los responsables políticos de las distintas administraciones se mostraban en muchas ocasiones insuficientes, débiles y limitados en su fragmentariedad.

De pronto, por caminos distintos, ciudadanos de distinta naturaleza e intereses, ante las agresiones urbanísticas, habíamos pasado no solo a tener una conciencia activa de que donde vivimos es un territorio con particularidades que lo hacen especial, sino a la conciencia de que el potencial de ese territorio se encuentra en su unidad física y en la unidad que forman sus valores culturales, paisajísticos y sociales. Así, por una mezcla de azar y necesi-

dad, lo que era la suma en un territorio de relatos particulares fue convirtiéndose en un relato colectivo, espacioso, en el que cabían los intereses particulares de cada uno, pero en el que era necesario no perder de vista esa dimensión unitaria.

Para que todo ello sucediera, fue fundamental que activáramos y construyéramos espacios que hacían posible el encuentro y que permitieran la interacción de los distintos niveles de percepción, intereses y motivaciones. Éramos gente de toda la vida de los pueblos, mezclada con gente que había llegado a vivir recientemente a la zona. Profesionales y científicos, y profesores y albañiles, y ceramistas. Cada uno sabía algo. Pero desconocíamos cuánto podíamos saber juntos. Es curioso, en nuestra sociedad tenemos más posibilidad de acceso a la información que nunca, pero ante esa abundancia también corremos el riesgo de la banalización del saber. Por eso, el saber que nace de la verdadera interacción, del contraste y de la construcción colectiva de sentido es tan importante.

Una vez vi una pintada en la Academia de la Historia de Bogotá; debajo de un cartel que decía con letras doradas «Saber y ciencia», alguien había puesto en letra grande: «Más sabe el pueblo...».

Es verdad. En estos años, hemos visto a muchos científicos en un territorio. No paseaban con sus maletas y ordenadores portátiles por las calles. Estaban ahí, en lo cotidiano. Y al mezclarse con otros en el momento adecuado, en diálogo de saberes, hemos visto surgir un saber nuevo, creativo, capaz de ser sinérgico de forma natural.

El historiador de mi pueblo se llama Evaristo Ortega. Un hombre sabio como pocos he conocido. No pudo ir a la escuela porque lo pilló en plena guerra. Aprendió solo a leer y escribir. Se hizo cartero,

y cuando te llevaba las cartas, te decía todo tu árbol genealógico, remontándose a siglos atrás. Su espíritu científico le hizo seguir investigando y se interesó por los legajos antiguos del archivo de Sevilla en los que se hacía referencia a nuestro pueblo. Como no entendía muchos legajos, ampliaba las palabras difíciles cuanto le permitía la fotocopidora, las recortaba y las colgaba en la pared de su casa con chinchetas. Soñaba con ellas, las miraba mientras tomaba café, hasta que lograba descifrar su significado oculto. Hoy hay profesores de universidad que lo buscan para leer algunos de esos legajos. La pasión, la curiosidad, el amor por algo. En contacto con los otros se transforma de pronto en relato y en acción. La ciencia no tiene límites. Cualquier hombre que sabe algo hace ciencia; el que conoce las leyes del universo, pero también el que conoce las piedras de su pueblo, el color de la tierra. Tal es así que el espíritu de la ciencia no es de tal manera la posesión del saber, ni la naturaleza del saber, sino el camino que se sigue. El camino que se hace con los otros, para los otros.

Un segundo principio que ha hecho posible desde el origen la conectividad y la efervescencia eficaz de los movimientos ciudadanos de Valencina-Guzmán es el de la creatividad social. No se llama así oficialmente, pero es creatividad el amplísimo repertorio de soluciones en defensa de lo propio que los pueblos, colectivos y organizaciones han ido creando a lo largo de la historia. Desviándose de la lectura dominante, replanteando las soluciones que el poder tiende a mantener y reproducir de un territorio a otro, creando formas de expresión y organización diferentes, organizándose al margen de propuestas oficiales, experimentando diferentes formas de afrontar necesidades o de pasarlo bien.

Creatividad, ideodiversidad. Reivindicar lo diverso, oponerse a la homogeneización y a la usurpación de los espacios de decisión, es creatividad social.

Una de las operaciones esenciales de la creatividad es la revisión de supuestos: se da por sentado que hay que producir más, que es mejor tener un centro de interpretación que no tenerlo, que las autopistas son fundamentales. Lo que es obvio no se revisa. Pues bien, los procesos de exploración creativa de grupos a partir del intercambio de conocimientos y el aumento de la percepción y la conciencia, sobre lo que sucede en el territorio, generan un ámbito cuestionador que pierde el respeto a lo obvio, y con naturalidad favorece la revisión de lo que se da por sentado.

Los modelos homogeneizadores expropian a la mayoría de habitantes de los territorios la posibilidad de elegir de qué forma han de ser estos. Pero la producción de diferencias es necesaria porque los entornos son cambiantes y diferentes. La producción de diferencias requiere de espacios propios que las generen y que activen los procesos de exploración de soluciones. Y ese ha sido, en nuestra opinión, un factor clave de las distintas mesas ciudadanas que hemos ido creando.

5. Algunas claves concretas para la generación de entornos ciudadanos activos en los territorios

Decimos que el origen es la emoción. El orgullo por un espacio de belleza y riqueza natural y científica. En su origen puede ser una emoción consciente, a veces contagiosa, y una emoción reactiva: reacción a la opacidad, al tumulto homogeneizador que amenaza con desordenar el objeto de la emoción.

A partir de ahí se produce un entorno social de intercambio. Un entorno de producción de conocimiento. Un entorno de vitalidad. De comunicación y disfrute. Un entorno crítico y de propuesta y generativo.

A veces nos lo hemos preguntado entre nosotros, intentando entender lo que se ha producido en nuestro territorio, y para intentar comunicárselo a otros. ¿Cómo se generan contextos ciudadanos y territoriales proactivos, organizados, para ir de la emoción a la tarea común? Sistematizamos en este punto algunas de esas claves, rasgos se han dado y que lo han hecho todo posible:

- Libertad. Los proyectos de las distintas mesas ciudadanas que hemos creado no suplen la iniciativa de sus miembros (no les dan el trabajo hecho), sino que estimulan la toma de iniciativas, las propuestas, la experimentación, etc. Proyectos que son medios y no fines: herramientas, espacios, marcos que dan cabida a múltiples proyectos. Mínima burocracia, máxima relacionalidad.
- Proyectos «culturales». Más allá de que se ocupen de «contenidos culturales», generan entre las personas otras «culturas»: formas de interpretar y expresar la realidad, el mundo, visiones, valores...
- Proceso. Proyectos que se desarrollan, de forma sostenida, a lo largo del tiempo, de forma continuada (aunque sus formas cambien). No ponen el acento en los «productos», sino en los recorridos, en los «cómo», en los roces, en los momentos, en los procesos de intercambio.
- Saberes compartidos, al servicio de los proyectos, y localización de alia-

- dos en otras esferas —universidad, otras administraciones, etc.— para dar rigor a las propuestas y reivindicaciones.
- Visibilidad. Cuidar que lo que se hace sea visible a cada paso, que sea práctico y operativo.
- Vinculación con la realidad. Los «contenidos», las temáticas, etc., de las acciones están (directa o indirectamente) conectados con los intereses y necesidades de sus miembros. La realidad cotidiana, del grupo social, del entorno social, de la comunidad tiene una incidencia clara en los proyectos.
- Democracia interna. Los proyectos, las acciones, se basan en la construcción colectiva, en la horizontalidad de las relaciones (aunque existan funciones diferenciadas), en el reparto corresponsable de tareas.
- Relación. Todo proyecto se construye a partir de las relaciones (interpersonales, grupales, intergrupales, comunitarias...) y construyen continuamente nuevas relaciones, nuevos vínculos y redes. Los afectos, las emociones, los sentimientos personales... son reconocidos, se cuidan (frente a la despersonalización).
- Formas diversas de vinculación. Cuentan con formas diversas (y no únicas ni uniformes) de participación y vinculación con el proyecto, de acuerdo con los distintos niveles de motivación, capacidad, disponibilidad... Proyectos que permiten pluralidad de intereses, motivaciones, distintas formas de sentir y formas de estar partiendo de un pequeño grupo motor, creciendo más allá de los públicos cautivos o públicos de siempre.
- Dimensión social de las acciones, dimensión territorial: cada colectivo,

y la propia mesa supera su propio ámbito. Aparecemos trabajando con otros agentes y otros escenarios.

- Hay un progresivo aprendizaje de la participación en quienes intervienen: la participación se aprende en el hacer con otros.
- El presupuesto y la financiación no son el punto de partida de los proyectos, sino las ideas.
- Importancia de las relaciones con los medios de comunicación siguiendo un relato coherente en cada momento.
- Proyectos creativos, no para nosotros, no para los artistas, sino porque favorecen la creatividad de la gente.

6. Los ciudadanos en la construcción y ampliación del espacio público

Podríamos rescatar más rasgos, pero creo que es interesante detenernos en algo, y es que todo esto lleva detrás, de forma expresa a veces, y otras implícita, lo esencial de las resistencias de nuestro tiempo: no somos consumidores, ni de hipermercados, ni de políticas institucionales, ni de mensajes científicos; somos ciudadanos, dignos sujetos de procesos esenciales en los territorios, parte de ellos.

En nuestro país, todos vivimos un día tras otro en nuestros municipios que a algunos técnicos y a los políticos les resulta difícil entender el sentido y los efectos socialmente beneficiosos de la participación ciudadana en el patrimonio. Pensamos que, detrás de esta falta de convicción para contar con los ciudadanos en cuestiones que son importantes para estos y que logran su movilización, hay muchas razones:

- Desear que todas las dinámicas sociales se ajusten a las reglas, pautas y ritmos que marque el ejercicio normal de las políticas públicas y los actores institucionales.
- La intranquilidad que les producen los procesos pluritemáticos en los que las poblaciones reclaman o proponen cuestiones en temas que desbordan lo definido oficialmente.
- La complejidad de los procesos participativos en los que se despiertan constantemente sospechas de partidismo o electoralismo, dilaciones insostenibles de las decisiones y sensaciones de ineficiencia.
- La poca práctica de diálogo y de creación de espacios de aportación e iniciativa colectiva.
- El desconocimiento de cómo se gestionan metodológicamente situaciones que suponen complejidad, interacción e intercambio entre actores de distintos niveles.

Nuestra experiencia como sujetos de procesos y ciudadanos de un mundo, en cambio, nos dice que no podemos seguir como hace veinte o cien años. Desde este punto de vista, los responsables políticos y los técnicos tienen que actualizar los modelos de gestión para amoldarnos todos a los cambios recientes que se han ido produciendo de forma vertiginosa en el orden de la información, la comunicación y la gestión de conocimientos. Valga como ejemplo el que las nuevas tecnologías de la información y la comunicación no solo han modificado las formas de producción, intermediación y consumo cultural, sino que han dado paso a nuevos paradigmas del quehacer cultural. La interactividad de todo tipo de actores, la generación de nuevos formatos, la interacción de agentes y

territorios, ha producido la transformación de los modelos culturales y no solo ha catapultado «la cultura» en el centro de la llamada nueva economía, sino que ha impulsado a muchos ciudadanos a dejar de ser meros receptores de productos culturales, para pasar a protagonizar multitud de procesos de creación, reconocimiento e intercambio cultural.

Tal como recogen autores como Lluís Bonet, nosotros entendemos que desde una perspectiva del patrimonio, implicar al ciudadano en los procesos de decisión, en especial en aquellas acciones de proximidad que más le afectan, es el gran reto de todos los procesos: cuanto más heterogéneos sean los valores, la lógica y la experiencia histórica de los diversos grupos que componen una comunidad, más difícil pero también más enriquecedor será el diálogo para poder encontrar soluciones válidas para más gente.

Desde una perspectiva comunitaria, incluso desde la empresarial, la idea fuerza que manejan las instituciones respecto al patrimonio es la de sensibilidad y la de responsabilidad social. Queremos que todos los ciudadanos tomen conciencia y se responsabilicen de su patrimonio. Esa responsabilidad puede ser medida por el compromiso ciudadano con la cultura y la identidad local, es decir, con la valoración y protección de aquello que somos, del lugar en que vivimos. Esa es la llamada tarea común. El desarrollo de la responsabilidad social de una empresa o institución —en este caso el patrimonio— difícilmente se puede desligar de los procesos participativos, ya que los ciudadanos se vinculan a su sentido y a su capacidad simbólica y de identidad a través de iniciativas, acciones e intercambio comunicativo. Además, los valores inherentes a ese mismo patrimonio son modificados

constantemente por el colectivo social. Por esta razón, hacer participar a la comunidad en la definición de nuevas prioridades en los ámbitos de gestión y difusión patrimonial es asegurarse formas de compromiso y de iniciativa que a medio y largo plazo benefician a todos.

El individuo solo se expresa parcialmente a través del consumo. Tiene otras necesidades y posibilidades al margen de su papel como consumidor de bienes y servicios en los territorios. Por lo tanto es fundamental la creación de esos contextos en que los habitantes de un territorio sientan que pueden expresarse, aportar y comunicarse como ciudadanos en su plenitud de derechos y posibilidades, y el patrimonio es un elemento sustancial para ello.

Desde nuestro punto de vista, es el momento de optar si trabajamos por un espacio cultural regulador, que sería aquel que, como el mercado, impone una serie de productos culturales sobre otros, cerrando la posibilidad de encuentro, interacción y generación de productos por parte de la ciudadanía, creadores, etc. En ese caso, las instituciones (equipamientos, centros de interpretación del patrimonio, museos) y los eventos invisibilizan los procesos sociales: se basan en ser el centro, y progresivamente se van desconectando de la vida de los territorios.

O si optamos por un espacio cultural creativo y emancipador que sería aquel cuyo objetivo principal sería la interacción, el enriquecimiento mutuo, a partir de la praxis cultural conjunta. El espacio creativo es el que activa y hace visibles los procesos sociales.

Es evidente que los cambios necesarios para mejorar la calidad de la democracia no solo requieren movimientos ciudadanos concertados y activos, sino también una permeabilidad a los cambios en las

administraciones, y la generación de una cultura participativa en la gestión pública. Cuando los elementos comunicativos entre la ciudadanía y los gestores y responsables políticos son prácticamente inexistentes o están viciados alrededor de los proyectos culturales de estos, la cultura no es el espacio creativo en que se forman las opiniones y los procesos, sino simplemente el lugar en que se valida la práctica de la gestión y en el que se hacen públicos los productos culturales.

7. Por una agenda ciudadanista en la gestión de los territorios y del patrimonio

La calidad del espacio público es hoy una condición principal para la adquisición de la ciudadanía. Y solo se puede construir ese espacio público aprendiendo a crear y sostener redes de intercambio y conocimiento. A trabajar en red, para desarrollar creatividad colectiva y sortear estructuras burocráticas, fragmentarias, ineficaces y opacas.

Los ciudadanos, con nuestra acción y nuestras prácticas y propuestas, hemos de impulsar que se abra una nueva agenda acerca de la gestión del patrimonio en los territorios, ya que ni las administraciones ni los profesionales, condicionados por las dinámicas en las que tienen que trabajar diariamente, lo van hacer. Los ciudadanos, a través de su compromiso y su iniciativa, abren caminos de exploración; no predicen el futuro, ni producen verdades absolutas; proponen posibilidades y se establecen compromisos. Una asociación de defensa del patrimonio en un territorio va reconstruyendo la percepción social de necesidades y de posibilidades a medida que recibe opiniones profesionales, debate con técnicos, con expertos y con auto-

ridades. Y a su vez, estos van mejorando el nivel de sus discursos, planes y prácticas, en virtud de ese diálogo con las asociaciones y de los procesos de sistematización que conllevan. Todos, en este tipo de contexto, salimos ganando, y sobre todo sale ganando el territorio como globalidad y su patrimonio.

Sin democracia, sin participación no hay protección real del patrimonio. Estamos en manos de los conflictos y saberes gremiales, de lo sectorial, de las pugnas e intereses parciales, de la fragmentación y la compartimentación de administraciones. De las importantes tensiones territoriales. Lamentablemente no se observa en nuestro país un debate político de fondo acerca de la necesidad de ampliar el ejercicio democrático y generar los procedimientos e instituciones necesarias.

Por todo ello, animamos a los ciudadanos de todos los territorios a ponerse en marcha, porque, en nuestra experiencia, cuando grupos de ciudadanos se ponen a andar conjuntamente para reivindicar su patrimonio y sentirse parte importante de sus procesos de construcción de conocimiento y valores, se activa una agenda de fortalecimiento de la ciudadanía y del territorio, que amplía ese ámbito. De los debates simples y reduccionistas en los que solo se intenta que los vecinos se posicionen ante los equipamientos, infraestructuras y eventos que se les ofrecen ahora, inevitablemente el debate se amplía, e incorpora valores y dimensiones que dignifican a las personas trascendiendo la dimensión de meros usuarios de servicios.

Nosotros hemos visto cómo de una forma o de otra, en relación a nuestro territorio, los responsables políticos se veían obligados a elevar el nivel de argumentación y en el proceso de reivindicación y

diálogo iban apareciendo hitos esenciales para una agenda futura de gestión del patrimonio en los territorios:

- a) La necesidad de planificación.
- b) Una gestión integrada del patrimonio con los recursos naturales y de conservación de la biodiversidad.
- c) La reducción del impacto de las actividades productivas sobre el patrimonio y el medio ambiente invirtiendo en ciencia y tecnología para generar formas productivas sustentables y adecuadas a las potencialidades de dicho territorio.
- d) Una nueva cultura pública sobre los yacimientos y el paisaje.
- e) La extensión de las normativas de protección.
- f) La racionalización y renovación de los patrones de la producción y consumo energético.
- g) La necesidad de la coordinación interadministrativa, no solo entre administraciones distintas, sino también entre áreas de la misma administración: obras públicas y cultura, turismo y cultura.
- h) La gestión integrada del ordenamiento territorial.
- i) Una cultura de información pública transparente.
- j) La educación y la formación ciudadana, generadora de capacidades para participar en la gestión local y en las redes de aprendizaje patrimonial.
- k) La exploración de modelos de desarrollo propios basados en la «ruralidad»: paisaje, territorio, patrimonio, sociedad...
- l) Los espacios públicos y la vertebración del territorio como «corredor de la multiversidad cultural».

En fin, habría muchos más hits: lo importante es que este proceso de ciudadanización de la agenda patrimonial no se haga como un reverdecimiento de la motivación política, que termine por asumirla como parte del discurso partidista y electoral, sino como un reverdecimiento de la motivación estratégica. Hay diferencias sustanciales en ambos casos.

La ciudadanía movilizada en defensa de su patrimonio supone la expresión de la vida como vínculo, en cuanto es producción de lo común, desde las singularidades de cada uno, desde la mezcla y la diversidad, desde el nomadismo de quienes buscan su propio camino, y desde las revueltas íntimas que activan la necesidad colectiva de concretar las utopías y los deseos.

Una sociedad civil poderosa y diversa, organizada en diferentes modos y sectores, infunde profundidad y permanencia a la democracia. Y eso es garantía de

permanencia para los bienes patrimoniales, y de enriquecimiento de los mismos como valor de la comunidad. El nuevo imaginario de una sociedad dinámica, que ofrece tantas posibilidades de agregación y desagregación, relaciona la identidad mucho menos con mismidades y esencias y mucho más con trayectorias, interacciones y relatos de los ciudadanos en los territorios. Para que la pluralidad de situaciones de los ciudadanos de los territorios, y a su vez la pluralidad de territorios, sean tenidos en cuenta, es indispensable darles voz, hacerlos visibles, facilitarles la interacción: el papel de la cultura y del patrimonio, como parte esencial de nuestro ser cultural, es que la diversidad pueda ser contada, narrada. La iniciativa autónoma de los ciudadanos, individualmente o reunidos en entidades y movimientos sociales, es la base de ese relato y le otorga al mismo riqueza y vitalidad.